

Algar

COLLECCIÓN
CALCETÍN

La señora Doubtfire

Anne
Fine



Una tarde tranquila con papá

Mientras subían el tramo de escaleras, los niños se peleaban para no ser ninguno de ellos quien le entregara el sobre. Cerca del descansillo, Lydia se aprovechó de su mayor altura para tirarle del jersey a Christopher. Éste sacó el sobre y trató de endilgárselo a Natalie, colocándose en la mano.

—Toma, Natty —le dijo—. Dáselo a papá.

Natalie sacudió la cabeza con tal violencia que el pelo le azotó las mejillas. Luego se llevó las manos a la espalda y las entrelazó. Christopher, entonces, cogió el sobre y se lo metió en el peto de su traje, detrás de los patitos de fieltro. Los ojos de Natalie se humedecieron de lágrimas. Cuando Daniel Hilliard abrió la puerta para que entraran sus hijos, ella sollozaba débilmente. Daniel se agachó para cogerla en brazos.

—¿Por qué os pasáis la vida haciéndole llorar? —le preguntó a Lydia y a Christopher.

Lydia miró hacia otro lado y Christopher se puso colorado.

–Perdón –respondieron.

Daniel cruzó el vestíbulo con Natalie, entró en la cocina y la sentó en el borde de la mesa. Oyó el ruido del sobre al arrugarse y se lo sacó de debajo de los patitos de fieltro amarillo.

–¡Ajá! –dijo–. Otra carta de La Pluma Envenenada. Por cierto, ¿cómo está mamá?

–Bien, gracias –respondió Lydia con una amabilidad un tanto fría.

–Me alegra saberlo –afirmó Daniel–. No me gustaría nada que cogiese la disentería, la salmonelosis o un herpes.

Le brillaron los ojos y dibujó una ligera sonrisa. Luego continuó:

–Ni las hemorrágicas de Lassa, ni la rabia, ni...

–Estuvo ligeramente resfriada la semana pasada –interrumpió Lydia–, pero no llegó a ponerse mala del todo.

–¡Qué pena! –dijo Daniel–. Me refiero a qué pena que se pusiera pachucha.

Ninguno respondió. Christopher estaba apoyado sobre los talones, delante de la jaula de la codorniz y le silbaba a través de los barrotes. La pequeña bola de plumas grisáceas empezó a dar saltitos y a piar sobresaltada. Lydia, mientras tanto, hojeaba con curiosidad los montones de papeles que había encima de la mesa. Natalie dijo:

–Papá, mamá te manda recuerdos.

–¿De verdad? –respondió Daniel sorprendido.

–No –interrumpió Christopher mientras metía la mano en la jaula para acariciar su mascota.

–Por supuesto que no –aseguró Lydia–. Eso se lo acaba de inventar Natalie, o puede que lo oyera en la tele.

Daniel cogió a la niña y la estrechó entre sus brazos.

–Pobre Natty –dijo–. Imagino que a veces te resultará difícil, ¿no es verdad?

Natalie enterró el rostro en su axila.

–No le costaría tanto trabajo si pusieras algo de tu parte –señaló Lydia.

Daniel le echó una mirada furtiva a su hija mayor por encima de la cabeza de Natalie.

–¿A qué te refieres?

–Me refiero a que sólo venimos los martes para tomar el té y algún que otro fin de semana. No es gran cosa. Por eso, sería de agradecer que Natty no se viera obligada a oír esos comentarios tan desagradables.

–¿Comentarios desagradables? –respondió Daniel sintiéndose avergonzado y simulando perplejidad.

–Sí. La Pluma Envenenada, todas esas enfermedades...

–Tienes razón –afirmó Daniel–. Tienes toda la razón. Haré lo que pueda para evitarlos y empezaré desde ahora mismo.

Respiró e hizo una pausa.

–Me alegro de que mamá esté bien. De hecho, no pienso leer su carta ahora por si cambio de opinión. La pondré en la estantería y la leeré más tarde.

Cogió la carta, la puso entre el bote de cacao y una bolsa grande de pienso para codornices y se quedó

mirándola con el ceño fruncido por unos instantes. Luego se dio la vuelta para dirigirse a sus hijos.

—Espero que sólo sea para recordarme que no os dejéis los abrigos o algo por el estilo.

Lydia y Christopher intercambiaron una mirada de complicidad, ya que conocían el contenido de la carta porque la habían leído. Siempre leían las cartas que su madre le escribía a su padre. Para ellos era una cuestión de «autodefensa». Disponían incluso de un sistema. Lydia era la encargada de abrir el sobre y sacar la carta. Los dos la leían en silencio. Luego Christopher la doblaba por los mismos pliegues y la metía en un sobre nuevo del paquete que había encima del escritorio. Después se lo acercaba a Natalie, que, sin saber nada, sacaba obedientemente la lengua y humedecía el pegamento de la solapa del sobre. De esa forma compartían la responsabilidad y, si tenían la mala suerte de ser sorprendidos, también la culpa.

—Seguro que es por lo de los abrigos —repitió Daniel nada convencido y mirando al sobre de nuevo.

—Es posible —respondió Lydia—. Durante la semana ha protestado en varias ocasiones por no tener nuestros abrigos.

Daniel se molestó.

—Tenéis otros abrigos. Los que os compré el pasado invierno.

Los niños se quedaron callados y Daniel se percató.

—¿Qué pasa? ¿Tampoco le gustan?

Lydia, tratando de que cambiara de tema, le preguntó:

—¿Podemos tomar el té ahora? Tenemos mucha hambre.

—Los abrigos —insistió Daniel—. ¿Qué pasa con los abrigos que os compré el invierno pasado y que me costaron un ojo de la cara? Jamás os los he visto puestos.

La piel alrededor de los ojos se le puso ligeramente vidriosa. Los niños apartaron la mirada, pues conocían de sobra los síntomas.

—Jamás os los ponéis, ¿verdad? No, veo que no. A ella no le gustan y, por tanto, no os deja que os los pongáis.

—Yo sí me he puesto el mío —interrumpió Natalie—. Me lo puse el día de la pólvora, y cuando fuimos a patinar en trineo, y cuando el parque estaba empapado y lleno de barro, y cuando nos tiramos por la colina subidos en cajas de cartón y mamá creía que podíamos mancharnos de caca de perro.

—¿Os dais cuenta? —gritó Daniel con aire triunfante—. ¿Lo veis? Sólo deja que os pongáis los abrigos que os compré cuando teme que los que os compró ella se quemén, se rompan o se ensucien...

Pensó en lo que había dicho Natalie y terminó añadiendo:

—De catalina de perros.

El tono grisáceo alrededor de sus ojos se intensificó y, sin darse cuenta de lo que hacía, simuló que sacaba un rifle de un armero imaginario colocado en la pared, inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado e hizo ademán de apuntar a un blanco, también imaginario.

—¿Qué haces? —le preguntó Lydia—. ¿Tienes tortícolis?

Avergonzado, Daniel hizo como si colocara la escopeta de nuevo en el armero. Sintiéndose en una posición engorrosa, trató de recobrar la compostura enderezando los hombros y respirando profundamente. El reconfortante olor a especias y ajo le inundó las fosas nasales.

—¡El pan relleno! —dijo acordándose—. ¿Tenéis hambre?

—No lo sabes tú bien.

—Pues venga.

—¡Yupi!

Recuperaron la alegría. Lydia, ayudándose del antebrazo, empujó el montón de solicitudes de trabajo que su padre había colocado desordenadamente encima de la mesa para dejar espacio. Christopher buscó en el atestado escurridero algunos platos y cubiertos limpios para los cuatro. Natalie, con sumo cuidado, llevó los vasos y un cartón de leche.

Maldiciendo por el vapor que se levantaba encima de sus ojos y quemándose los dedos, Daniel volcó la barra de pan caliente que estaba en el recipiente de hornear y la colocó en una fuente, donde permaneció hinchada y humeante durante unos segundos hasta que se desmoronó.

—¡Vaya!

—¡Casi perfecta!

—Mamá dice que eso pasa cuando está demasiado rato en el horno.

Daniel, sin embargo, no estaba dispuesto a aceptar críticas de ninguna clase.

—No es que la tuviera en el horno más de la cuenta —les dijo—, sino que esperó más de lo debido. Como

yo, que estuve esperando cuarenta minutos a que os trajera vuestra madre.

Lydia, al oír esa nueva crítica de su madre, apretó los labios y respondió:

–Dijo que el tráfico estaba muy mal.

Daniel apretó los labios.

–Por supuesto. Al parecer tu madre desconoce el estado del tráfico de esta ciudad. Lleva viviendo aquí treinta y cinco años, conduciendo la mitad de su vida, os trae todos los martes desde hace dos años y aun así sigue sin saber cómo está el tráfico en esta ciudad.

Lydia le replicó:

–No es fácil ser madre soltera.

Daniel se irguió.

–A mí no necesitas decírmelo –le respondió–. Te recuerdo que también yo soy padre soltero. La diferencia es que ella disfruta de vuestra compañía toda la semana, mientras que yo no. Y, como siempre, llegáis cuarenta minutos tarde. Cuarenta minutos que se restan de mi muy limitado tiempo. Cuarenta minutos de los que yo me privo por su acostumbrada impuntualidad y por su falta de consideración por mí.

Los tres niños habían dejado de masticar, pero Daniel no se dio cuenta. Tenía la misma mirada de antes. Con una mueca desagradable en los labios, abrió el cajón que estaba en el extremo de la mesa y sacó un cuchillo imaginario de trinchar mientras sostenía la tetera con la otra. Aún con esa horrible sonrisa burlona en la boca, hizo como si cortara lenta y metódicamente el imaginario cuello del cubreteteras.

Christopher suspiró. El labio inferior de Natalie se arrugó, como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—¡Deja ya de hacer el tonto! —le reprendió Lydia a su padre—. Vas a hacer llorar a Natty. Siempre nos riñes a nosotros por eso y resulta que tú haces lo mismo.

Lydia se dio la vuelta y se dirigió a su hermana:

—Y tú deja de ser tan llorona. No le ha hecho nada a la tetera, ni a mamá. Sólo está enfadado y no sabe contenerse. A ver si aprendes a ignorarlo.

—Ella tiene razón —interrumpió Daniel arrepentido—. Tu hermana tiene toda la razón. No sé contenerme.

Se arrodilló delante de la silla de Natalie y añadió:

—Tienes que aprender a ignorarme.

—Sí, espera sentado —dijo Christopher.

—Espera sentado —repitió Natalie.

Tocó la delgada codera de su padre y se sintió bastante orgullosa.

—Espera sentado —dijo de nuevo—. Ya puedes levantarte —terminó diciendo.

—Gracias —respondió Daniel sacudiéndose las manchas de suciedad que habían quedado impregnadas en las rodilleras de sus pantalones.

—Te prometo que me portaré bien en el futuro. Practicaré todo el día y seré un padre perfecto cuando vuestra madre os traiga el próximo viernes.

Lydia y Christopher se quedaron inmóviles. Natalie se percató de ello al instante y se quedó con la cuchara a mitad de camino entre el plato y la boca. Miró con ansiedad, primero a Lydia y luego a Christopher. Sus ojos parecieron ensancharse y adquirieron un tono vidrioso hasta que una enorme lágrima apareció en sus

párpados inferiores y empezó a temblar, amenazando con caerle rodando por las mejillas.

Daniel sacó un pañuelo con manchas moradas del bolsillo y se lo pasó a su hija por encima de la mesa. Natalie se ocultó la cara con él. Su padre se acercó hasta donde estaba y ella se sentó en sus rodillas, sollozando silenciosamente. Daniel la estrechó entre sus brazos y arrojó su cabeza debajo del mentón. Con una amabilidad un tanto fría se dirigió a sus otros dos hijos:

—Espero que no haya ningún problema para el fin de semana. ¿Vais a venir el viernes? Si no me equivoco, me toca a mí teneros este fin de semana.

Lydia se alisó la cara hasta que desapareció toda expresión de su rostro. Christopher se movía inquieto en la silla. Sus ojos pasaron involuntariamente de la mirada inquisitiva de su padre al sobre que aún continuaba apoyado y sin abrir contra la bolsa de pienso para codornices.

Daniel se dio cuenta.

—¡Aja!

Echando a un lado a la pobre Natalie, se puso en pie, cogió el sobre y lo abrió. Sus ojos recorrieron la breve nota, estrechándose para agudizar la mirada. Agarraba el borde del papel con tanta fuerza que tenía los nudillos blanquecinos.

—¡Qué malvada es! ¡Qué egoísta, desconsiderada e inconsciente es!

—¡Papá!

—¡Quitarme los fines de semana! ¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve a hacerme eso?

—Papá, te lo ruego por favor.

—Me entran ganas de acabar con ella. ¡De verdad que sí! ¡A veces pienso que disfrutaría retorciéndole el...!

—¡No! ¡Papá! ¡No!

Natalie saltó de la silla y, con las lágrimas surcándole las mejillas, cruzó la habitación corriendo y empezó a golpearle con los puños.

Lydia estaba consternada.

—¡Dios santo, papá!

Christopher, sumamente avergonzado, se escurrió de la silla y se agachó al lado de la jaula de la codorniz, tratando de quitarse de en medio. Odiaba las escenas. Alargó la mano para coger la diminuta, rolliza y plumosa mascota de color gris, preguntándose qué pasaría Hetty de esos interminables arrebatos que había presenciado desde el día que la llevó a casa después de adquirirla en la tienda de animales. Primero fueron aquellas terribles peleas en la cocina de la otra casa, donde llegó incluso a ver cómo se tiraban los platos, con comida y todo. Christopher, junto con Lydia, se escondía aterrado —normalmente debajo de la cama de Natalie, donde, por alguna razón, se sentía seguro— y oía los golpes y los gritos histéricos preguntándose si Hetty estaría a salvo en la jaula. ¿Qué pasaría si su padre o su madre se tiraban algo afilado o demasiado fuerte? ¿Qué pasaría si aplastaban los barrotes de la jaula y pisoteaban a Hetty? En los escasos momentos de sosiego, Christopher les pidió que le dejaran llevarse la jaula a su dormitorio, pero, como no pudo darles una razón convincente por miedo a que se enzarzaran de nuevo en una de sus broncas, su petición fue ignorada.

Por ese motivo, a Hetty no le quedó otra opción que presenciar aquellas horribles peleas. Fueron semanas y meses de enardecidas discusiones acerca del dinero, las cortinas, la custodia de los niños, de quién se llevaría esa mesa o aquella fotografía. ¿Le habrían afectado esas discusiones? ¿Habría enfermado por su culpa? A pesar de llevar meses viviendo en casa de su padre por recomendación explícita de su madre, incluso ahora que había envejecido y merecía tener una vida tranquila, tenía que soportar esos estallidos impredecibles que, aunque ya no eran tan aterradores, siempre resultaban desagradables e inquietantes.

¿Le afectaban? Christopher le tarareaba suave y desafinadamente mientras le acariciaba las plumas. Él siempre emitía el mismo murmullo cuando veía que las cosas se ponían feas. Era como ponerse tras una pared, pero la idiotez de aquel sonido insistente y monótono preocupaba enormemente a Daniel.

Sin embargo, funcionaba. En cuanto el zumbido desafinado penetraba en la conciencia de Daniel, se esforzaba por contener su rabia y tener en consideración la presencia de sus hijos.

Dejando que se le cayera al suelo la nota que tanto le había enfurecido, despegó a Natalie de la pernera de sus pantalones y la llevó de nuevo a la mesa.

—Lo lamento —dijo—. Se me ha ido la lengua más de la cuenta. Te prometo que ya no diré nada feo de tu madre.

—¿Ni tampoco que disfrutarías retorciéndole nada?

—Tampoco diré eso.

Haciendo un esfuerzo por creerle, Natalie se secó los ojos llorosos y la nariz en la manga de su chaqueta, dejándole una gran mancha de mocos.

–Espera sentado –dijo con valentía.

–Ésa es mi Natty –respondió Daniel.

–¿Qué pone en la carta?

–Nada de importancia.

–Dímelo.

–Ahora no.

–Dímelo.

Daniel miró a sus hijos mayores. Lydia estaba leyendo de nuevo el montón de cartas que su padre había escrito a diversas agencias de actores mencionando los éxitos que había cosechado en el pasado y su actual disponibilidad. Daniel se alegró de haber quitado de en medio las cartas que había escrito a mano a sus viejos amigos del teatro, preguntándoles si sabían de algún trabajillo que pudiera realizar. Christopher también parecía absorto acariciando su mascota. De hecho, ninguno de los dos parecía estar ni remotamente interesado en el contenido de la carta de su madre, por lo que Daniel, por primera vez, dedujo que, de alguna manera, se las habrían ingeniado para abrirla antes que él. Mientras se preguntaba cómo, le explicó a Natalie:

–Tu madre cree que Lydia y Christopher necesitan comprarse algo de ropa, por eso os quedaréis con ella el viernes por la noche para llevaros de compras el sábado por la mañana. No nos veremos hasta la hora del almuerzo.

–Más bien a la hora del té –replicó Christopher con tono de amargura.

Sin embargo, al ver que Lydia no decía nada en defensa de su madre, se armó de valor y añadió:

—No es justo. Es el fin de semana de papá. No tiene por qué comprarnos la ropa este fin de semana. Yo, además, sólo necesito calcetines y papá podría comprármelos.

—Por supuesto que puedo —afirmó Daniel—. Y también puedo comprar faldas, zapatillas de deporte, jerséis e incluso bragas.

Al oír esa palabra pecaminosa, Natalie empezó a reírse. Christopher empezó a cantar:

Todo lo que puede comprar mamá,
papá sabe comprarlo mejor.
Papá sabe comprar mejor que mamá.

Le tendió las manos a Natalie y la hizo girar en redondo mientras cantaba con voz estridente. Natalie le tendió los brazos a su padre para que bailara también. Para su sorpresa, Lydia también se unió.

Todo lo que puede comprar mamá,
papá sabe comprarlo mejor.
Papá sabe comprar mejor que mamá.
Sí sabe.
Sí sé.
Sí sabe.
Sí sé.
Sí sabe.
Sí sé.
¡Sí sabe!

Se dejaron caer de espaldas al suelo, riendo. Natalie se subió al estómago de Daniel y empezó a saltar hasta que él, por una cuestión de autodefensa, la hizo bajar.

Christopher, un tanto nervioso por la excitación, gritó:

—¡Vamos! ¡Adelante! ¡Díselo!

Daniel soltó a Natalie por un instante con el fin de poder abrir los brazos.

—Ya sabes cómo es tu madre... —dijo con delicadeza.

—¡Llámalas por teléfono!

—¡Díselo!

—¿Por qué nos vamos a quedar el viernes por la noche y parte del sábado sin estar contigo?

—¡Tú nos puedes comprar los calcetines!

—¡Es lo justo!

—Es tu fin de semana, no el suyo.

Las voces, como las directrices, se debilitaron gradualmente, ya que ellos también conocían a su madre.

—Podemos preguntarle —dijo Daniel.

—Sí, pregúntale.

—Con ella nunca se sabe.

—Podemos sugerírselo.

—Insinúaselo.

—Aunque no creo que nos deje.

—Nunca lo hace.

—No es justo, ¿verdad que no?

—No, no es justo...

Daniel miró el rostro de sus hijos. En uno vio dibujado el desengaño, en los otros dos una profunda tristeza. Dirigiéndose a Lydia le preguntó:

–Tú lo sabías antes de venir, ¿verdad que sí?

Ella asintió, demasiado desanimada incluso para disimular.

–¿Tú también? –preguntó Daniel dirigiéndose a Christopher.

Éste respondió encogiéndose de hombros.

–Pero Natalie no.

–También podría saberlo –dijo repentinamente Christopher–. Sucede prácticamente todas las veces. Siempre que se trata de ti, mamá encuentra una excusa. De pronto se acuerda de alguna vieja tía que no nos ha regalado nada en años y no puede retrasar invitarla a tomar el té con nosotros.

–O compra las entradas de algo y dice que sólo había asientos para ese día.

–O dice que tenemos que regresar a casa para ir a ver al médico.

–O al dentista.

–O al oftalmólogo.

–O llegamos tarde a nuestra cita contigo porque está haciéndole la revisión al coche.

–O viene a buscarnos antes porque dice que tiene que recogerlo.

–Apenas te vemos.

–Y cuando lo hacemos, se pasa el día llamando por teléfono.

–Nos vigila como si fuésemos bebés.

–Te vigila a ti.

En la habitación de al lado, como una oportuna evocación, empezó a sonar el teléfono. Permanecieron sentados, sin inmutarse y en silencio.

–Yo lo cojo –dijo Daniel finalmente.

–Por favor, no –respondió Lydia–. Ya tengo bastante por hoy. Lo cogeré yo.

Empujó con fuerza la silla en la que se había apoyado. El ruido que hizo al arrastrarse por el suelo les produjo dentera a los demás. Permanecieron sentados y sin decir nada mientras Lydia cruzaba la puerta de la cocina para coger el auricular y acallar el insistente timbre del teléfono. Daniel miró a Natalie, que se había taponado los oídos con los dedos. Con suma delicadeza se los sacó y se los besó. Christopher empezó de nuevo a emitir ese desagradable tarareo, pero Daniel apretó los dientes y no dijo nada. Lydia regresó.

–¿Piensas decirnos qué te ha dicho? –preguntó Daniel en tono de mofa.

No pensó ni por un instante que lo haría, pues jamás le decía nada. Solía regresar refunfuñando, pero, si le preguntabas, se limitaba a encogerse de hombros y responder malhumorada: «Nada». Luego se quedaba tranquila durante horas, a veces incluso días, y sólo se lo comentaba a Daniel si le sorprendía por unos instantes a solas, ya fuese buscando maceteros en el armario del vestíbulo, colgando la ropa en el trastero, o saliendo del cuarto de baño.

–La llamada... –decía con una voz que denotaba absoluta indiferencia.

Daniel asentía, para demostrarle que le prestaba atención.

–Dice que el dinero que le mandas llegó de nuevo con cuatro días de retraso. Te pide que trates de ser más regular en el futuro. Y que te recuerde que aún nos faltan cuatro

calcetines de hace dos semanas. Dos de color marrón, uno rojo y largo, y otro de los de ir a la escuela.

—De acuerdo —respondía Daniel tan animado como podía y apretando las mandíbulas. Pero Lydia ya se había marchado.

Resultaba obvio que, en esta ocasión, no se trataba de una menudencia como los calcetines. Daniel se dio cuenta de ello. Lydia tenía el rostro pálido y tenso. De hecho, parecía estar conteniéndose la rabia. Para su desgracia, se dio cuenta de que, fuese lo que fuese lo que su madre le había dicho, era tan horrible que no podía guardárselo ni tan siquiera por unos instantes. Estaba a punto de decírselo a todos.

—¡Lydia! —dijo Daniel tratando de detenerla.

Fue demasiado tarde. Se había dado la vuelta para dirigirse a su hermano, cuyo murmullo había terminado por convertirse en un sonido entrecortado al ver la cara de su hermana.

—El mensaje es para ti —le dijo—. No pudo esperar ni tan siquiera a que regresaras a casa. Tenía que decírtelo ahora. Tenías que saberlo.

—¿Saber el qué? —preguntó Christopher aterrorizado. Lydia respiró profundamente.

—¡Lydia! ¡Por favor, no!

Era como si le supiese tan mal que necesariamente tuviera que escupirlo ya.

—El gato ha apresado a tus hámsteres. Esta vez los pilló de verdad y los ha destripado. Los dos están muertos, Henry y Madge. Dice que al entrar en casa lo vio todo patas arriba y que había restos de tripas en la alfombra.

Cuando transmitió ese mensaje tan desagradable, Lydia empezó a llorar.

Christopher se irguió donde estaba sentado, en el suelo, y ocultó la cabeza entre los brazos. Natalie volvió a taparse los oídos con los dedos. Daniel miró alrededor y, al ver a su triste y desgraciada familia, dijo:

–Mi buena Miranda –musitó para sus adentros–. Otra tarde arruinada. ¡Dios mío, ayúdame! Un día le voy a cortar el cuello.

Natalie, con los dedos taponándole los oídos, no le oyó.